

La "revolución silenciosa" de las Universidades del conurbano

Por Sebastián Hadida

Desde los años '90 pero con mayor fuerza la última década las universidades se "acercaron" a los estudiantes. Las enormes distancias que un joven del conurbano profundo estaba obligado a recorrer para cursar materias en las universidades tradicionales de Buenos Aires y La Plata, con combinaciones de transporte inverosímiles que le hacían perder hasta 5 o 6 horas de su vida entre ida y vuelta, eran razones más que elocuentes para explicar por qué se quedaban afuera del reparto de la torta del conocimiento. En las últimas dos décadas, pero con mayor impulso en el último lustro, la mano comenzó a cambiar para muchos de ellos, frente a los cuales comenzaron a levantarse una serie de puertas hacia la universidad pública, que pese a ser libre y gratuita, seguía manteniendo una fuerte resistencia a su democratización. Las nuevas camadas de estudiantes son, en su gran mayoría, primera generación de universitarios, dato que hace presumir cierto horizonte de movilidad social ascendente. Entre fines del 2009 y fines del 2010 se crearon cinco universidades nacionales nuevas en el conurbano bonaerense (la Arturo Jauretche en Florencia Varela, la del Oeste en Merlo, José C. Paz, Avellaneda y Moreno), que comenzaron sus primeros ciclos lectivos entre 2011 y 2012. Y sobre el filo del cierre del año Comprensión y Producción Oral y Escrita 37 legislativo 2014, el Congreso aprobó la creación de tres universidades nacionales adicionales en Hurlingham, San Isidro y Almirante Brown. Más allá de la inversión que realiza la actual gestión gubernamental, la apuesta por la descentralización y multiplicación de ofertas universitarias en el conurbano no es sólo atribuible a una gesta de la llamada "Década Ganada". Paradójicamente, la denostada década de los '90 había parido una primera oleada de nuevas universidades en territorio bonaerense, que hoy ya cuentan con alrededor de 20 años de rodaje. Entre 1989 y 1995, cobraron vida la Universidad de la Matanza, Quilmes, General Sarmiento, San Martín, 3 de Febrero y Lanús, que se sumaron a la ya existente en Lomas de Zamora. La Universidad pública comenzaba a derramar hacia los bordes de las grandes ciudades como Buenos Aires y La Plata, no obstante lo cual seguían vacantes grandes territorios poblacionales con una fuerte impronta demográfica de sectores mediosbajos. "Estamos en un lugar del conurbano muy distante de las opciones que se crearon en los '90. Eso ha tenido consecuencias en la baja tasa de escolarización superior, que se encuentra un 30% debajo de la media del conurbano", ejemplifica Hugo Andrade, rector de la Universidad de Moreno. La explosión De acuerdo a datos oficiales de la Secretaría de Políticas Universitarias, entre 2009 y 2013 hubo un crecimiento de la cantidad de inscriptos a carreras de grado y pregrado del 43,2%,

mientras que la tasa de incremento de la matrícula de estudiantes para el mismo período es del 34,7%. Tomando por separado algunos de los casos, aparecen guarismos todavía más impactantes. Por caso, la matrícula de la Universidad Nacional de La Matanza (UNLAM) al cierre del año pasado era de 37.300 alumnos, superando en un 102% a la vigente en 2002, cuando la institución albergaba un total de 18.550 alumnos. Se trata de la matrícula más nutrida entre todas las universidades del conurbano. En la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ) de Florencia Varela, que tenía hasta el año pasado 10.700 estudiantes, se anotaron para este año 9171. En su primer ciclo lectivo en 2011, la UNAJ recibió un total de 3049 inscripciones, lo cual marca un salto mayor a tres veces en sólo cuatro años. En la Universidad Nacional de Moreno (UNM), por su parte, la cantidad de inscripciones de este año, de 2900 estudiantes, fue 40% más alta que la del 2014. No menos significativo es el dato de la cantidad de alumnos que son primera generación en acceder a estudios de educación superior. Según estadísticas de la Secretaría de Políticas Universitarias, sólo el 21,8% de los padres varones y un 27,6% de las madres de los ingresantes en 2013 contaban con estudios universitarios. Tanto en la UNAJ como en la UNM, la cifra de primera generación universitaria trepa a 92%. Pero lo que ilustra con mayor crudeza el impacto de la política pública educativa en sectores de alta vulnerabilidad social es que el 70% de los padres de los alumnos de la UNM ni siquiera finalizaron sus estudios secundarios. Por otra parte, el 30% de los alumnos son padres o madres de familia. "En el 2001, el problema para los sectores populares era cómo comer al día siguiente. Ahora el horizonte de expectativa es más largo, se piensa en términos de años. Esto repercute también en el ámbito educativo y se ve en la explosión de la matrícula universitaria", explica Ernesto Villanueva, rector de la UNAJ. Controversias La proliferación de ofertas universitarias fue llenando casilleros que estaban vacíos en los territorios más postergados de la periferia. Lejos de haber producido una redistribución de la masa de estudiantes, haciendo mermar la matrícula en los centros tradicionales como la UBA y la UNLP, estos mantuvieron a lo largo de la última década la misma cantidad de estudiantes. Sin embargo, no son pocas las voces que se levantan contra el financiamiento de las nuevas universidades. Los cañones apuntan especialmente a las significativas diferencias en torno al costo promedio por estudiante entre las nuevas universidades y las tradicionales. Un informe del Centro de Estudios de la Educación Comprensión y Producción Oral y Escrita 38 Argentina (CEA), que dirige Alieto Guadagni en la Universidad de Belgrano, estima que la Universidad Nacional de Avellaneda tiene un costo promedio por alumno de 152.679 pesos, mientras que en la de Moreno la cifra alcanza los 101.022 pesos. El cálculo se hizo tomando las partidas comprendidas en el Presupuesto 2015 que se destinan a cada centro universitario, sobre la cantidad total de

estudiantes. El mismo estudio indica que la Universidad de Buenos Aires recibe un presupuesto por alumno de sólo 17.077 pesos, al tiempo que la de La Plata el valor es de 22.312 pesos. Con los taponos de punta, Caballero pone los puntos sobre las íes sobre lo que considera una "cuenta muy tramposa". Explica que a diferencia de universidades como la UBA, que al tener una cantidad estable de alumnos sólo requieren de gastos ordinarios, en las nuevas universidades hay que invertir en infraestructura edilicia, lo cual exige un presupuesto mucho más elevado, y todavía con una matrícula muy pequeña comparativamente. "Si se hace la relación de pesos por estudiante se está simplificando el problema". Con mayor o menor presupuesto, lo cierto es que las nuevas universidades ofrecen un marco de incentivos económicos y profesionales para muchos docentes e investigadores formados en universidades tradicionales que no vislumbran en la UBA o la UNLP un horizonte de crecimiento y ven frustradas sus aspiraciones. "Hay una movilidad de docentes que se produce naturalmente porque en las universidades tradicionales hay una estructura de cátedra muy rígida. Docentes jóvenes que en sus universidades tienen que esperar muchos años para dejar de ser ayudantes de cátedra para pasar a ser profesores, en estas nuevas universidades tienen el desafío, por ejemplo, de ir a crear su propia cátedra", destaca Caballero. Pero no solamente representa una oportunidad para docentes que tienen trayectoria y títulos pero se hayan atascados por las prácticas corporativas de los señores feudales de las cátedras, sino especialmente para las legiones de docentes ad-honorem que conforman un verdadero ejército de reserva. "Hay estímulos económicos por trabajar en zona desfavorable pero también se ofrecen mejores condiciones para la investigación. Para un docente investigador, el desafío de poder disponer de todo el equipamiento sin tener que estar hacinados compartiendo equipos es una cuestión sumamente tentadora", señala el funcionario. Desafíos La crisis de la educación media, sobre todo en los territorios más relegados del conurbano, exige que se redoble el trabajo docente a fin de contener afectivamente a los alumnos y compensar las asimetrías que arrastran de instancias anteriores Pero, en palabras de Villanueva, "no sólo hay que poner la carga en el bagaje con el que viene el estudiante sino también hacer hincapié en el compromiso de los docentes" en aras de alcanzar los objetivos de excelencia académica. "Siempre le digo a nuestros profesores que no tenemos que prestarle monopólicamente nuestra atención monopólicamente los alumnos que están en la primera fila, sino preocuparnos por los que están en la última, que son los indiferentes o a los que les cuesta más. Tienen que conocerlos con nombre y apellido, y preocuparse si alguno falta", completa. La búsqueda de vías para aliviar la deserción es un asunto que desvela a los directivos. Todas las universidades nuevas ensayan caminos más o menos parecidos para evitar el desgranamiento: sistema de

tutorías, acompañamiento pedagógico, actividades de apoyo. La etapa más crítica son los primeros dos años, cuando los jóvenes se asoman a un nuevo mundo que les resulta ajeno incluso familiarmente, ya que normalmente son pioneros en sus familias en poner pie en una casa de estudios universitaria. Para lograr la adaptación del estudiante, las universidades nuevas cuentan con un capital. "A diferencia de la UBA que es una universidad de masas y desplegada, nuestra universidad es todavía pequeña, con una escala más humana. Todo está dentro de nuestro campus universitario. Hay una proximidad personal y física de este espacio que genera condiciones más amigables", afirma el rector de la UNM. La deserción se mantiene en valores muy altos, pero de acuerdo a Caballero la tendencia es declinante, teniendo en cuenta Comprensión y Producción Oral y Escrita 39 que desde el 2003 a la fecha hubo un crecimiento en cantidad de graduados del 93%, muy por encima del 33% de ensanchamiento de la matrícula en el mismo período. Los sistemas de ayuda económica para jóvenes estudiantes con ingresos insuficientes, como el plan Progresar de 900 pesos mensuales, vienen a complementar las políticas que implementa cada universidad para la retención de alumnos. En la UNAJ, sin ir más lejos, son casi 2 mil los beneficiarios de esta política social. Nuevos perfiles Más allá de que las nuevas universidades son un "work in progress", cuyos resultados harán carne a medida que se vaya sedimentando una cultura académica propia, el rasgo que distingue a todas ellas es que fueron concebidas al servicio de los objetivos estratégicos de desarrollo de los distritos donde están insertas y sus zonas de influencia. Esto quiere decir que no se trata –cual tubo de ensayo- de proyectos en condiciones asépticas e independientes de las necesidades sociales y económicas del entorno. "El derecho a estudiar no es sólo un derecho individual, sino un derecho colectivo que tiene que impactar en las condiciones productivas y en el desarrollo nacional", subraya Caballero. En esa sintonía, y a raíz de la renacionalización de YPF con la consecuente demanda de profesionales especializados, la UNAJ decidió incorporar la carrera de Ingeniería en Petróleo, que con los 227 inscriptos para el ciclo lectivo de este año ya suma 400 alumnos. El detalle, cargado de fuerte resonancia simbólica, es que la carrera es dictada en los antiguos laboratorios de YPF, que fueron rescatados del abandono por la UNAJ para convertirlos en sede académica. Andrade tiene la convicción de que las universidades del conurbano están haciendo una "revolución silenciosa", con resultados que se verán reflejados con mayor intensidad en un futuro no muy lejano. "Llevar a muchos miles de estudiantes a una formación universitaria va a generar condiciones de desarrollo en estos distritos. Pasar por la universidad enriquece a todos, no empobrece a nadie, y ayuda a ser mejor ciudadano".



Hadida, Sebastián. La "revolución silenciosa" de las Universidades del conurbano. BAE.
13/04/15 Pág. 1 /*/*/*/*/*